Hay expresiones de la Sagrada Escritura que, a pesar de haber sido meditadas durante siglos por santos, Padres de la Iglesia y grandes teólogos, siguen conservando un profundo misterio. Una de ellas es el Katejón, un término griego que aparece en la segunda carta de San Pablo a los Tesalonicenses y que ha suscitado numerosas interpretaciones a lo largo de la historia del cristianismo.

San Pablo habla de una fuerza que retiene la manifestación del hombre de la iniquidad, impidiendo que se revele plenamente aquello que precederá a la venida gloriosa de Jesucristo. ¿A qué se refiere el Apóstol? ¿Es una institución, una autoridad, una fuerza espiritual o una disposición de la divina Providencia? ¿Tiene alguna relación con el Anticristo y con los acontecimientos que precederán al final de los tiempos?

La cuestión no es secundaria. Nos introduce en uno de los pasajes más enigmáticos de la escatología cristiana, es decir, de la reflexión teológica sobre las realidades últimas: la consumación de la historia, la segunda venida de Cristo, el juicio final y la victoria definitiva de Dios sobre el mal.

Sin embargo, es necesario acercarse al Katejón con prudencia. La Iglesia no ha definido dogmáticamente una identificación concreta de esta realidad. Por tanto, no debemos convertir una interpretación teológica, por antigua o sugerente que sea, en una verdad de fe obligatoria.

Lo verdaderamente importante es comprender qué enseña San Pablo: el mal no dispone libremente de la historia, el Anticristo no aparece al margen de la voluntad permisiva de Dios y ninguna fuerza de iniquidad puede frustrar el triunfo definitivo de Jesucristo.

1. ¿Qué significa la palabra Katejón?

La palabra Katejón procede del griego κατέχον (tò katéchon), expresión relacionada con el verbo κατέχω (katéchō), cuyo significado puede ser retener, sujetar, contener, impedir o mantener algo bajo control.

En el contexto de la segunda carta a los Tesalonicenses, se emplea para designar aquello que frena o contiene la manifestación del hombre de la iniquidad.

Hay un detalle lingüístico especialmente interesante: San Pablo utiliza dos formas gramaticales diferentes:

- Tò katéchon (τὸ κατέχον): forma neutra que puede traducirse como «lo que lo retiene»

o «aquello que lo contiene».
- Ho katéchōn (ὁ κατέχων): forma masculina que significa «el que lo retiene» o «aquel que contiene».

Esta diferencia ha sido objeto de reflexión teológica durante siglos. Parece indicar que la realidad que ejerce esa función puede contemplarse tanto desde una dimensión impersonal —una fuerza, un poder o una institución— como desde una dimensión personal, es decir, alguien que ejerce esa función.

No obstante, la gramática por sí sola no permite identificar al Katejón. Tampoco demuestra que se trate necesariamente de dos realidades diferentes. San Pablo no proporciona una explicación explícita de su identidad en el texto que ha llegado hasta nosotros.

Lo que sí queda claro es su función: impedir que la iniquidad alcance el momento de su manifestación plena antes del tiempo establecido.

2. El pasaje fundamental: San Pablo y el misterio de la iniquidad

La referencia fundamental se encuentra en 2 Tesalonicenses 2, 1-12. Conviene leer el pasaje completo, porque las palabras sobre el Katejón no pueden comprenderse adecuadamente separadas de su contexto.

San Pablo escribe a una comunidad cristiana preocupada por la posibilidad de que el día del Señor ya hubiera llegado. Algunos habían difundido mensajes que podían hacerles creer que la venida de Cristo era inminente o que ya se había producido.

El Apóstol les pide que no se dejen engañar ni perturbar.

En ese contexto anuncia que antes de la manifestación gloriosa de Jesucristo tendrá lugar una gran rebelión y aparecerá el llamado hombre de la iniquidad.

El texto dice:

> *«Que nadie os engañe de ninguna manera. Primero tiene que venir la apostasía y manifestarse el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición» (2 Tesalonicenses 2, 3).*

Poco después, San Pablo introduce la misteriosa realidad que nos ocupa:

> *«Y ahora sabéis lo que lo retiene, para que se manifieste a su debido tiempo. Porque el misterio de la iniquidad ya está actuando; solo falta que desaparezca el que lo retiene ahora» (2 Tesalonicenses 2, 6-7).*

Y continúa explicando el desenlace:

> *«Entonces se manifestará el impío, a quien el Señor Jesús destruirá con el aliento de su boca y aniquilará con la manifestación de su venida» (2 Tesalonicenses 2, 8).*

Estas palabras contienen varias enseñanzas fundamentales.

Primera: el misterio de la iniquidad ya estaba actuando en tiempos apostólicos. El mal no aparece de repente al final de la historia. Sus raíces se encuentran presentes en el mundo desde mucho antes de su manifestación definitiva.

Segunda: existe una limitación temporal a la expansión de la iniquidad. La manifestación del hombre de la perdición no se produce cuando este quiere, sino en el momento que corresponde al designio divino.

Tercera: el Anticristo no tendrá la última palabra. Su poder será destruido por Jesucristo en su venida gloriosa.

La última afirmación es especialmente importante. El pasaje no termina hablando del poder del Anticristo, sino de la victoria absoluta de Cristo.

El Katejón debe comprenderse dentro de esta perspectiva: no como una fuerza independiente que lucha contra Dios en igualdad de condiciones con el mal, sino como una realidad subordinada a la Providencia divina.

3. El misterio de la iniquidad: un mal que ya actúa en el mundo

Para comprender el Katejón es necesario detenerse en otra expresión paulina: mysterium iniquitatis, el misterio de la iniquidad.

San Pablo afirma que este misterio ya estaba actuando cuando escribió a los tesalonicenses.

¿Qué significa?

No se refiere simplemente a la existencia de personas que cometen pecados, ni a la presencia ordinaria de las debilidades humanas. Su significado apunta a algo más profundo: la acción del mal que trabaja contra el orden querido por Dios y prepara las condiciones para una rebelión cada vez más profunda contra su autoridad.

El pecado, cuando se convierte en una actitud deliberada y persistente, puede adquirir una dimensión colectiva. Las personas transmiten errores, construyen estructuras injustas, normalizan comportamientos contrarios a la ley natural y llegan incluso a presentar el mal como si fuera un bien.

Esta realidad tiene una dimensión espiritual, moral y también social.

La Sagrada Escritura ofrece otros testimonios de esta oposición a Dios.

San Juan escribe:

> *«Habéis oído que iba a venir un anticristo; pues bien, muchos anticristos han aparecido» (1 Juan 2, 18).*

El Apóstol no está diciendo que todos esos anticristos sean necesariamente el Anticristo definitivo. Está mostrando que la oposición a Cristo ya se manifiesta en la historia mediante quienes niegan su identidad y rechazan la verdad que Él ha revelado.

También Nuestro Señor advierte:

> *«Y al crecer la maldad, se enfriará el amor de muchos» (Mateo 24, 12).*

La relación entre ambos pasajes permite comprender una dimensión esencial del problema: el avance de la iniquidad no consiste únicamente en la persecución exterior de la Iglesia. También puede manifestarse mediante el debilitamiento interior de la fe, la pérdida de la caridad y el abandono progresivo de la verdad.

El Katejón aparece precisamente en este escenario: mientras el misterio de la iniquidad actúa, algo lo contiene para que no alcance todavía su manifestación definitiva.

4. La interpretación de los primeros cristianos: ¿era el Imperio romano el Katejón?

Una de las interpretaciones más antiguas y conocidas identifica el Katejón con el Imperio romano y su autoridad política.

Esta explicación tiene especial importancia porque aparece en autores cristianos de los primeros siglos.

Para comprenderla debemos situarnos en el contexto histórico del cristianismo primitivo.

Los primeros cristianos vivían bajo el dominio romano. El Imperio constituía una estructura política y jurídica que, pese a sus injusticias, persecuciones y contradicciones religiosas, mantenía un determinado orden institucional en amplios territorios.

Desde esta perspectiva, la desaparición de aquel poder podía asociarse con la llegada de una situación de desorden que facilitaría la manifestación del Anticristo.

No se trataba de afirmar que el Imperio romano fuera una institución cristiana ni que todos sus emperadores fueran buenos gobernantes. De hecho, algunos persiguieron cruelmente a los cristianos.

La interpretación se refería a su función de autoridad política y de contención del caos.

Tertuliano y la permanencia del Imperio

Uno de los testimonios más significativos aparece en Tertuliano, escritor cristiano de finales del siglo II y comienzos del III.

En su obra Apologeticum, capítulo 32, explica por qué los cristianos rezaban por los emperadores y por la estabilidad del Imperio romano.

Tertuliano afirma que la consumación de los acontecimientos terribles que precederían al fin estaba siendo retrasada por la permanencia del Imperio.

Su razonamiento guarda una estrecha relación con la interpretación tradicional del Katejón.

Es importante precisar que Tertuliano no desarrolla allí un comentario exegético completo de 2 Tesalonicenses 2, pero su testimonio constituye una evidencia histórica muy relevante de la antigua asociación entre la estabilidad romana y el retraso de los acontecimientos finales. newadvent.org+1

San Juan Crisóstomo: la interpretación más explícita

Un testimonio todavía más directo lo encontramos en San Juan Crisóstomo, uno de los grandes Padres de la Iglesia y doctor de la Iglesia.

En su cuarta homilía sobre la segunda carta a los Tesalonicenses, al comentar precisamente los versículos 6 y 7 del capítulo segundo, plantea la pregunta:

¿Qué es aquello que impide la manifestación del Anticristo?

Crisóstomo menciona dos interpretaciones: algunos pensaban que se trataba de la gracia del Espíritu Santo, mientras que otros identificaban el poder restrictivo con el Imperio romano.

El propio Crisóstomo manifiesta su preferencia por la segunda explicación.

Su razonamiento es que San Pablo habría hablado de forma velada para evitar que sus palabras fueran interpretadas como un deseo de destrucción del Imperio, lo que habría provocado una persecución innecesaria contra los cristianos.

Según esta interpretación, mientras permaneciera la autoridad imperial, existiría un poder capaz de contener la aparición de una situación de anarquía en la que el hombre de la iniquidad pudiera imponer su dominio.

Crisóstomo llega a relacionar la futura desaparición de esa autoridad con la posterior manifestación del impío. newadvent.org+1

San Agustín: prudencia ante el misterio

También encontramos una reflexión extraordinariamente importante en San Agustín, en el libro XX, capítulo 19, de La ciudad de Dios.

San Agustín examina las palabras de San Pablo y reconoce expresamente la dificultad de identificar aquello que retiene al Anticristo.

Menciona la interpretación del Imperio romano, pero también otras explicaciones que había conocido.

Una de ellas relacionaba el misterio de la iniquidad con los malvados y los hipócritas que permanecen dentro de la Iglesia, cuya presencia y multiplicación podrían preparar el escenario para la aparición del Anticristo.

El santo no presenta estas interpretaciones como certezas definitivas. De hecho, reconoce con humildad que no sabe con seguridad a qué se refería el Apóstol.

Su actitud constituye una lección de enorme valor para cualquier reflexión escatológica: cuando la Escritura deja una cuestión abierta, el cristiano no debe convertir sus conjeturas en dogmas. newadvent.org+1

La interpretación romana, por tanto, cuenta con importantes antecedentes patrísticos. No es una ocurrencia moderna ni una teoría surgida exclusivamente en ambientes contemporáneos.

Pero tampoco debemos olvidar que los Padres reconocieron la dificultad del pasaje y que la identificación del Katejón no ha sido definida por el Magisterio como una verdad obligatoria para los católicos.

5. Otras interpretaciones del Katejón: ¿una fuerza espiritual?

Aunque la interpretación del Imperio romano tiene una importancia histórica considerable, no es la única que se ha propuesto.

A lo largo de los siglos han aparecido otras explicaciones que intentan comprender la

naturaleza de esa fuerza que contiene la manifestación del Anticristo.

Conviene conocerlas, distinguiendo siempre entre las interpretaciones teológicas y las enseñanzas que la Iglesia propone como doctrina cierta.

A. La acción del Espíritu Santo

Algunos intérpretes han relacionado el Katejón con la acción del Espíritu Santo.

La idea parte de una consideración teológica: el Espíritu Santo actúa continuamente en la Iglesia y en el mundo, iluminando las conciencias, fortaleciendo a los fieles y sosteniendo la obra evangelizadora.

Su acción se opone al pecado y permite que la verdad de Cristo siga siendo anunciada incluso en medio de las mayores dificultades.

Desde esta perspectiva, el Katejón podría entenderse como una referencia a la acción divina que contiene el avance de la iniquidad.

Sin embargo, hay que precisar algo: no existe una definición doctrinal que identifique expresamente al Espíritu Santo con el Katejón de 2 Tesalonicenses.

Además, San Juan Crisóstomo conocía esta interpretación, pero prefería la identificación con el Imperio romano.

B. Los poderes angélicos

Otra posibilidad relaciona el Katejón con la intervención de los ángeles en el gobierno providencial del mundo.

La Sagrada Escritura presenta a los ángeles como criaturas espirituales al servicio de Dios, que ejecutan sus mandatos y participan en la protección del pueblo elegido.

En el libro de Daniel encontramos un ejemplo significativo:

> *«En aquel tiempo surgirá Miguel, el gran príncipe que defiende a los hijos de tu pueblo» (Daniel 12, 1).*

También el Apocalipsis describe el combate de San Miguel y sus ángeles contra el dragón:

> *«Entonces se entabló un combate en el cielo: Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón» (Apocalipsis 12, 7).*

Estos pasajes permiten comprender que la historia de la salvación no se desarrolla exclusivamente en una dimensión visible y humana. Existe también una realidad espiritual en la que los ángeles sirven a los designios de Dios.

Algunos intérpretes han relacionado esta dimensión con el Katejón, aunque no podemos afirmar que San Miguel sea necesariamente el personaje al que se refiere San Pablo.

C. La predicación del Evangelio

Una tercera interpretación contempla la misión evangelizadora de la Iglesia como una realidad que contiene el avance de la iniquidad.

Jesucristo anuncia en el Evangelio:

> *«Y este Evangelio del Reino se proclamará en el mundo entero, como testimonio para todas las naciones, y entonces vendrá el fin» (Mateo 24, 14).*

La Iglesia tiene la misión de anunciar la verdad, llamar a la conversión y conducir a los hombres hacia la salvación.

Mientras continúa esta misión, el Evangelio sigue siendo anunciado a los pueblos y la gracia de Dios continúa actuando en la historia.

Desde esta perspectiva, algunos han relacionado la predicación cristiana con la función restrictiva del Katejón.

Sin embargo, Mateo 24, 14 no identifica expresamente la evangelización con el Katejón de San Pablo. Se trata de una posible relación teológica, no de una equivalencia establecida por

la Escritura.

¿Qué debemos concluir de todas estas interpretaciones?

Que existe una realidad de contención del mal, pero su identidad concreta permanece abierta a la discusión teológica.

Lo que no debemos perder de vista es que ninguna de estas realidades posee un poder autónomo frente a Dios. Toda autoridad, toda misión espiritual y toda acción angélica dependen, en último término, de la Providencia divina.

6. El Katejón y la Providencia de Dios: el mal tiene límites

Este es, probablemente, el aspecto teológico más importante de todo el tema.

La existencia del Katejón nos lleva a reflexionar sobre una verdad fundamental de la fe católica: Dios es Señor de la historia y nada puede escapar a su soberanía.

El mal existe. El demonio actúa. Los hombres pueden rechazar libremente a Dios y construir sociedades contrarias a su ley.

Pero ninguna de estas realidades posee un poder absoluto.

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña que Dios es el Señor soberano de su designio y que la Providencia divina guía la historia hacia su cumplimiento (CEC 302-314).

Esto no significa que Dios sea autor del pecado ni que apruebe las injusticias que los hombres cometen.

Significa que, incluso cuando permite que se produzcan acontecimientos dolorosos, su poder es capaz de sacar de ellos un bien que supera nuestra comprensión inmediata.

San Agustín desarrolla esta cuestión en su reflexión sobre el origen del mal y la Providencia divina. El mal moral procede del uso desordenado de la libertad creada, no de Dios. Sin embargo, Dios puede permitirlo sin perder el dominio de su creación.

Esta distinción es esencial para comprender el Katejón.

No debemos imaginar dos poderes enfrentados en igualdad de condiciones: uno que representa el bien y otro que representa el mal, disputándose el control del universo.

Eso sería contrario a la doctrina católica.

Dios no tiene un adversario que pueda poner en peligro su soberanía. Satanás es una criatura espiritual caída, cuyo poder es limitado y cuya condenación definitiva está asegurada.

El Catecismo lo expresa con claridad en sus números 391-395: Satanás fue creado bueno por Dios, se convirtió en malo por una decisión libre y su acción, aunque real, no puede impedir la construcción del Reino de Dios.

Por tanto, el Katejón debe contemplarse dentro de esta realidad: la iniquidad puede actuar, pero no puede decidir por sí misma el momento de su manifestación ni el desenlace de la historia.

7. El Katejón y el Anticristo: ¿qué enseña realmente la Iglesia?

Hablar del Katejón conduce inevitablemente a hablar del Anticristo.

La figura del Anticristo aparece en diferentes pasajes del Nuevo Testamento, aunque no todos emplean exactamente la misma terminología.

San Juan utiliza expresamente el término «anticristo» en sus cartas. San Pablo, en cambio, habla del hombre de la iniquidad o del impío.

El Catecismo de la Iglesia Católica recoge esta enseñanza en los números 675-677, dentro del apartado dedicado a la última prueba de la Iglesia.

El número 675 enseña:

> *«Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes».*

El Catecismo explica que esta prueba estará acompañada por una impostura religiosa que ofrecerá a los hombres una solución aparente a sus problemas, pero al precio de abandonar la verdad.

Y añade que la impostura religiosa suprema será la del Anticristo: un seudomesianismo en el

que el hombre se glorifica a sí mismo y ocupa el lugar de Dios y de su Mesías.

Esta enseñanza resulta fundamental porque permite comprender que el Anticristo no debe reducirse a un personaje político, militar o revolucionario.

Su significado más profundo es religioso: representa la rebelión contra Dios y la pretensión de construir una salvación humana al margen de Jesucristo.

El Anticristo no es simplemente quien persigue a los cristianos

La persecución exterior es una de las manifestaciones posibles de la oposición a Cristo, pero la impostura anticristiana puede ser mucho más sutil.

Puede presentarse como una doctrina que promete la felicidad eliminando toda referencia a Dios.

Puede aparecer como una ideología que considera que el hombre es la medida absoluta de la verdad y del bien.

Puede manifestarse en una sociedad que pretende sustituir la ley moral natural por decisiones humanas arbitrarias.

Y también puede introducirse en el ámbito religioso cuando se pretende conservar una apariencia de espiritualidad mientras se vacía el mensaje cristiano de su contenido sobrenatural.

No toda injusticia política, error filosófico o conflicto social constituye por sí mismo una manifestación del Anticristo. Es necesario evitar las identificaciones precipitadas.

Pero sí podemos reconocer que cualquier propuesta que coloque deliberadamente al hombre en el lugar de Dios reproduce, en su raíz, la misma tentación de la rebelión contra el Creador.

El Catecismo, en el número 676, advierte precisamente contra las formas de mesianismo secularizado que pretenden realizar dentro de la historia una esperanza de salvación que solamente puede alcanzar su plenitud más allá de ella.

Esta advertencia tiene una enorme actualidad.

8. ¿Puede identificarse el Katejón con la Iglesia católica?

Esta es una cuestión que merece una consideración especial.

En determinados ambientes teológicos y tradicionales se ha relacionado el Katejón con la Iglesia católica, con su autoridad espiritual o con la permanencia del orden cristiano en la sociedad.

La explicación tiene cierta lógica: la Iglesia anuncia la verdad revelada, administra los sacramentos, combate el error, forma las conciencias y llama a los hombres a vivir conforme a la ley de Dios.

Allí donde la fe cristiana conserva su influencia, puede contribuir también a contener determinadas manifestaciones de la corrupción moral y social.

La historia europea ofrece numerosos ejemplos de la influencia del cristianismo en la formación de instituciones, leyes, universidades, hospitales y estructuras de asistencia a los más necesitados.

Sin embargo, debemos distinguir entre una interpretación teológica y una afirmación doctrinal.

La Iglesia no ha definido que el Katejón sea la Iglesia católica, el Papado o una determinada forma histórica de organización política cristiana.

Tampoco sería correcto identificar automáticamente cualquier crisis de la Iglesia con la desaparición del Katejón.

La Iglesia puede atravesar períodos de debilidad, persecución, confusión e incluso graves escándalos protagonizados por sus propios miembros. Pero su misión sobrenatural no depende de la fortaleza de una civilización concreta.

Cristo prometió a sus discípulos:

> *«Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mateo 28, 20).*

Y también declaró:

> *«Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mateo 16, 18).*

Estas palabras no significan que la Iglesia esté exenta de sufrimientos, persecuciones o crisis. Significan que Jesucristo permanece fiel a su promesa y que la Iglesia no será destruida por las fuerzas del mal.

La Iglesia puede perder influencia social, sufrir persecuciones y experimentar graves dificultades, pero continúa siendo el Cuerpo de Cristo y el instrumento querido por Dios para la salvación de los hombres.

Por ello, resulta legítimo estudiar la posible relación entre el Katejón y la misión de la Iglesia, pero no presentar esa identificación como una enseñanza definida.

9. ¿Qué relación tiene el Katejón con la crisis espiritual de nuestro tiempo?

Aunque no podemos afirmar que estemos viviendo el momento de la desaparición del Katejón, el pasaje de San Pablo ofrece criterios muy valiosos para interpretar algunos desafíos contemporáneos.

Vivimos en una época en la que determinadas corrientes culturales pretenden separar la libertad humana de cualquier referencia a la verdad objetiva.

La libertad se presenta frecuentemente como la capacidad de elegir sin límites, como si el bien y el mal fueran simples construcciones sociales.

Pero la tradición católica enseña algo muy diferente.

La verdadera libertad no consiste en hacer cualquier cosa, sino en poder elegir el bien.

Santo Tomás de Aquino explica que la ley natural es la participación de la criatura racional en la ley eterna de Dios. El hombre puede conocer mediante su razón determinados principios fundamentales del bien moral, aunque su conocimiento pueda oscurecerse por el pecado, las

malas costumbres y los errores.

Cuando una sociedad pierde progresivamente la capacidad de distinguir entre el bien y el mal, se debilitan también los fundamentos que permiten construir una convivencia verdaderamente humana.

Aquí podemos encontrar una aplicación pastoral del concepto de contención de la iniquidad.

La familia como escuela de resistencia espiritual

La familia cristiana tiene una misión insustituible.

Es el primer lugar donde los hijos aprenden a distinguir entre lo correcto y lo incorrecto, donde descubren el significado del sacrificio, la obediencia, el respeto y la caridad.

Cuando los padres transmiten la fe, enseñan a rezar y educan a sus hijos conforme a la moral cristiana, están contribuyendo a formar personas capaces de resistir las influencias que pretenden alejarlas de Dios.

La familia no es el Katejón en el sentido técnico de la expresión paulina, pero participa en la misión de preservar el orden moral y transmitir la verdad cristiana.

La defensa de la verdad frente al relativismo

Otro desafío de nuestro tiempo es la tendencia a considerar que todas las opiniones poseen el mismo valor moral y que ninguna verdad puede presentarse como universal.

Sin embargo, el cristianismo no puede renunciar a la verdad revelada para adaptarse a las preferencias culturales de cada época.

Jesucristo no dijo que fuera una opinión entre muchas.

Dijo:

> *«Yo soy el camino y la verdad y la vida» (Juan 14, 6).*

La fidelidad a Cristo exige defender la verdad con caridad, pero también con firmeza.

No se trata de imponer la fe mediante la fuerza ni de despreciar a quienes piensan de otra manera. Se trata de no renunciar a aquello que Dios ha revelado.

La oración y la vida sacramental

La oración, la Santa Misa, la confesión frecuente, la Eucaristía y el rezo del Santo Rosario constituyen medios fundamentales para fortalecer la vida espiritual.

El cristiano no puede combatir eficazmente el mal si descuida su propia relación con Dios.

La lucha contra la iniquidad comienza en el interior del corazón.

Una persona que se esfuerza por vivir en gracia, practicar la justicia, rechazar el pecado y crecer en la caridad contribuye a que la luz de Cristo permanezca presente en el mundo.

No podemos controlar los acontecimientos finales de la historia, pero sí podemos ser fieles a nuestra vocación cristiana en el presente.

10. Una advertencia necesaria: no convertir el Katejón en una teoría conspirativa

El interés por el Katejón ha crecido en determinados ambientes que reflexionan sobre el fin de los tiempos, la crisis de las instituciones y el futuro de la civilización cristiana.

Este interés puede ser legítimo cuando nace del deseo de comprender la Escritura y profundizar en la escatología.

Sin embargo, existe un peligro: convertir el misterio paulino en una herramienta para interpretar cualquier acontecimiento político o social como una señal inequívoca del fin del mundo.

A lo largo de la historia se han propuesto numerosas identificaciones del Anticristo y de las fuerzas que supuestamente lo contienen. Muchas de ellas han estado condicionadas por los conflictos y preocupaciones de cada época.

Por eso resulta fundamental recordar las palabras de Nuestro Señor:

> *«En cuanto al día y la hora, nadie lo sabe, ni los ángeles de los*

> *cielos ni el Hijo, sino solo el Padre» (Mateo 24, 36).*

La Iglesia no enseña que debamos vivir obsesionados con calcular fechas, descubrir identidades ocultas o interpretar cada acontecimiento como el cumplimiento definitivo de una profecía.

La escatología cristiana no es una disciplina destinada a alimentar el miedo.

Su finalidad es recordarnos que la historia tiene un sentido, que Cristo volverá gloriosamente y que todos compareceremos ante el juicio de Dios.

La esperanza cristiana no consiste en conocer anticipadamente todos los detalles del futuro, sino en permanecer fieles a Jesucristo.

11. ¿Cómo debe vivir un católico ante el misterio del Katejón?

El estudio del Katejón no debería conducirnos a la angustia, sino a una mayor vigilancia espiritual.

San Pablo no escribió a los tesalonicenses para que vivieran aterrorizados ante la aparición del Anticristo. Les escribió para corregir sus errores, fortalecer su fe y evitar que fueran engañados.

Esta enseñanza sigue siendo perfectamente válida.

Podemos extraer varias conclusiones prácticas.

Primera: conservar la fe íntegra.

No debemos adaptar el Evangelio a las modas ideológicas ni abandonar las enseñanzas de Cristo por miedo a ser rechazados por el mundo.

Segunda: vivir en estado de gracia.

La mejor preparación para la venida de Cristo no consiste en descubrir quién será el Anticristo, sino en vivir reconciliados con Dios mediante la oración, los sacramentos y una vida moral coherente.

Tercera: defender la verdad sin perder la caridad.

El cristiano está llamado a combatir el error, pero nunca debe olvidar que también está llamado a amar al prójimo. La firmeza doctrinal no justifica el odio, la violencia injusta ni el desprecio hacia las personas.

Cuarta: rezar por la Iglesia y por las autoridades.

La tradición cristiana ha reconocido siempre la importancia de orar por quienes tienen responsabilidades de gobierno. San Pablo mismo exhorta a realizar súplicas, oraciones e intercesiones por todos los hombres, incluidos los gobernantes (1 Timoteo 2, 1-2).

Esta oración no significa aprobar todas sus decisiones, sino pedir a Dios que quienes ejercen autoridad actúen conforme a la justicia y al bien común.

Quinta: mantener viva la esperanza.

El cristiano sabe que el mal puede adquirir una gran fuerza histórica, pero también sabe que su dominio es limitado y temporal.

No debemos confundir la situación del mundo con el destino definitivo de la humanidad.

La última palabra no pertenece al pecado, a la persecución ni al Anticristo.

Pertenece a Jesucristo.

12. La victoria final no pertenece al Katejón, sino a Jesucristo

Hay un detalle del pasaje de San Pablo que merece ser recordado.

Cuando el Apóstol describe la manifestación del hombre de la iniquidad, no presenta una batalla interminable entre fuerzas equivalentes.

Afirma que Jesucristo destruirá al impío con el aliento de su boca y con la manifestación de su venida.

Esta imagen posee una fuerza teológica extraordinaria.

El poder del Anticristo, por grande que parezca, no podrá resistir la presencia gloriosa del Señor.

El Apocalipsis desarrolla esta misma perspectiva mediante la imagen del combate definitivo

entre Cristo y las fuerzas del mal.

El Cordero vence porque es el Señor de la historia.

El Catecismo de la Iglesia Católica, en el número 677, enseña que el Reino de Dios no alcanzará su plenitud mediante un triunfo histórico de la Iglesia entendido como una expansión progresiva de su poder temporal, sino mediante la victoria definitiva de Dios sobre el último desencadenamiento del mal.

Esta afirmación nos protege de dos errores opuestos.

El primero consiste en pensar que el mal terminará imponiéndose y que la historia humana está condenada al fracaso.

El segundo consiste en creer que podremos construir por nuestras propias fuerzas una sociedad perfecta que haga innecesaria la intervención definitiva de Dios.

La esperanza cristiana supera ambos extremos.

Trabajamos por el bien, defendemos la verdad, educamos a nuestros hijos, transmitimos la fe y procuramos transformar nuestra sociedad conforme al Evangelio. Pero sabemos que la plenitud del Reino no será obra de una construcción meramente humana.

Será don de Dios.

Y cuando Jesucristo vuelva en gloria, toda rebelión contra Él llegará a su fin.

Conclusión: mientras el misterio de la iniquidad actúa, la esperanza cristiana permanece

El Katejón es uno de los conceptos más enigmáticos de la escatología cristiana.

San Pablo lo presenta como aquello que retiene la manifestación del hombre de la iniquidad hasta que llegue el momento establecido.

Los primeros escritores cristianos, como Tertuliano y San Juan Crisóstomo, lo relacionaron especialmente con la permanencia del Imperio romano. San Agustín, por su parte, examinó distintas interpretaciones y reconoció la dificultad de alcanzar una identificación definitiva.

A lo largo de los siglos también se han propuesto explicaciones relacionadas con la acción del Espíritu Santo, los poderes angélicos, la misión evangelizadora y la Providencia divina.

Pero debemos recordar algo esencial: la identidad concreta del Katejón no constituye un dogma de la Iglesia católica.

Lo que sí pertenece al núcleo de nuestra fe es que Dios gobierna la historia, que el mal no posee un poder ilimitado, que la Iglesia atravesará una prueba final y que Jesucristo regresará gloriosamente para vencer definitivamente a sus enemigos.

Por eso, el misterio del Katejón no debería convertirse en motivo de especulación permanente, sino en una llamada a la vigilancia, a la fidelidad y a la perseverancia.

En un mundo que frecuentemente pretende vivir como si Dios no existiera, el cristiano está llamado a dar testimonio de una verdad que no cambia con las épocas.

No sabemos cuándo llegará el momento final. No conocemos todos los detalles de aquello que San Pablo anunció a los tesalonicenses. Pero sí conocemos a Aquel que tiene en sus manos el destino de la historia.

Y esa certeza debe sostener nuestra esperanza.

Porque, aunque el misterio de la iniquidad siga actuando, aunque la verdad sea despreciada y aunque la Iglesia atraviese las pruebas más difíciles, Cristo sigue siendo Rey, Señor y Juez de vivos y muertos.

No será el Anticristo quien tenga la última palabra.

No será el poder de este mundo.

No será la iniquidad.

La última palabra será de Jesucristo.

Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.

Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera.

Fuentes bíblicas, patrísticas y doctrinales

Sagrada Escritura

- 2 Tesalonicenses 2, 1-12: el hombre de la iniquidad y el Katejón.
- 1 Juan 2, 18-22: los anticristos y la oposición a Cristo.
- Mateo 24, 12-14 y 24, 36: la iniquidad, la evangelización y la incertidumbre del momento final.
- Mateo 16, 18: la promesa de Cristo a su Iglesia.
- Daniel 12, 1: San Miguel y la tribulación final.
- Apocalipsis 12, 7-12: el combate de San Miguel contra el dragón.

Padres de la Iglesia

- Tertuliano, Apologeticum, capítulo 32.
- San Juan Crisóstomo, Homilías sobre la Segunda Epístola a los Tesalonicenses, homilía IV.
- San Agustín, La ciudad de Dios, libro XX, capítulo 19.

Magisterio de la Iglesia

- Catecismo de la Iglesia Católica, números 302-314: la Providencia divina.
- Catecismo de la Iglesia Católica, números 391-395: la caída de los ángeles y la acción de Satanás.
- Catecismo de la Iglesia Católica, números 668-682: el retorno glorioso de Cristo.
- Especialmente, números 675-677: la última prueba de la Iglesia y la victoria definitiva de Dios.